

Colección  
**Las juventudes argentinas hoy:**  
tendencias, perspectivas, debates

# Corporalidades y juventudes



Subiendo el volumen

**Mariana del Mármol, María Luz Roa** (compiladoras)

**Mariana del Mármol, María Luz Roa, Ana Sabrina Mora,  
Aymaré Barés, Sebastián Godoy, Diego Roldán, Mariana Sáez,  
Gustavo Blázquez, Cecilia Castro, Laura Milano, Silvia Citro**

**MARIANA DEL MÁRMOL**  
**MARÍA LUZ ROA**  
COMPILADORAS

# Corporalidades y juventudes

Subiendo el volumen



Corporalidades y juventudes : subiendo el volumen / Mariana del Már-  
mol... [et al.]; compilado por Mariana del Mármol ; María Luz Roa. - 1a  
ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editor Universitario,  
2020.

126 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-8308-24-1

1. Ensayo Sociológico. 2. Jóvenes. I. Mármol, Mariana del, comp. II.  
Roa, María Luz, comp.  
CDD 305.235

1ª edición: agosto 2020

Diseño, composición, armado: Silvia Ojeda

Diseño de tapa: GEU

Fotografía de tapa: Performance "Túnel de carne" Grupo de Performance "Pasarela"  
(Universidad Distrital Francisco José de Caldas), IV Jornadas de Performance-Inves-  
tigación, noviembre de 2017 (Red de Investigación de y desde los cuerpos), PH: Sal-  
vador Batalla.

© 2020 by Grupo Editor Universitario  
San Blas 5421, C1407FUQ - C.A.B.A.

ISBN: 978-987-8308-24-1

Queda hecho el depósito de ley 11.723

*No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la  
transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier  
medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros  
métodos, sin el consentimiento previo y escrito del editor. Su infracción está penada  
por las leyes 11.723 y 25.446.*

# *Habitar el Parque de las Colectividades. Corporalidades, prácticas y espacialidad en la ribera central de Rosario*

SEBASTIÁN GODOY  
DIEGO ROLDÁN

En este trabajo, nos proponemos un acercamiento a lo que llamamos la *producción cultural* de la ribera en Rosario, a partir del cruce entre una serie de corporalidades, prácticas y usos en una espacialidad concreta: el Parque de las Colectividades. En ese sentido, intentamos trazar un mapa de los usos y los habitares del frente ribereño, atendiendo una multiplicidad de cuerpos y prácticas. Pensamos a las prácticas de los cuerpos como un vector posible para la producción de un espacio (Lefebvre, 1974): una Rosario que, desde hace unos veinticinco años, vincula ciertos repertorios culturales al paisaje ribereño.<sup>1</sup> Este texto se instala en el marco de una investigación más general que estudia las transformaciones culturales y urbanas en la ciudad de Rosario a partir de la resignificación de la ribera y las infraestructuras ferroporportuarias que signaron su relación con el río Paraná desde finales del siglo XIX.<sup>2</sup> Bajo

---

1. Entre 1995 y 2004, se instalaron una serie de dispositivos culturales vinculados a las prácticas corporales performáticas a la vera del Paraná. Se tratan del *Centro de Expresiones Contemporáneas* (1995), el *Centro de la Juventud* (1998), la *Escuela Municipal de Artes Urbanas* (2001), la *Isla de los Inventos* (2003), la *Casa del Tango* (2004) y el *Museo de Arte Contemporáneo* (2004).

2. Este trabajo fue realizado en el marco de una serie de investigaciones sobre la renovación de la ribera de Rosario. En particular, asumimos una perspectiva transdisciplinar tomando como eje los usos culturales y las prácticas sociales de los nuevos espacios públicos construidos en dicha ciudad a partir de la década de 1990. Asimismo, mientras las observaciones de campo fueron hechas para el presente capítulo, el contenido del

esa lente, analizamos algunas de las corporalidades que habitaron y habitan la ribera, signadas por la transitoriedad, la plasticidad y distintas formas de proximidad. Analizamos ese parque en particular debido a que conforma una de las interfaces espaciales fundamentales de extensión de la trama urbana hacia la ribera y el río. Este último aspecto se logra a partir de un dispositivo específico y diferenciado respecto a la cuadrícula urbana: una franja verde sobre la barranca del Paraná. Metodológicamente, nuestro trabajo supone una mirada sobre diversas prácticas y apropiaciones corporales llevadas a cabo en ese espacio en dos tiempos: los años 1990 y la actualidad. Reconstruimos las prácticas de hace veinticinco años mediante los testimonios de sus protagonistas (recopilados por uno de nosotros) y el momento actual a partir de una observación con distintos grados de participación que hemos realizado los sábados y domingos por la tarde en esa porción central de la ribera. Estas dos imágenes temporo-espaciales de las prácticas juveniles serán contrastadas analíticamente para observar la apropiación de un espacio no planificado y tenuemente urbanizado, por otro, decididamente organizado por las lógicas de la planificación urbana.

Nos aproximamos a esta temática a partir de nuestras observaciones y recorridos realizados durante el mes de septiembre de 2019 como una extensión del trabajo realizado para la década de 1990. Nuestras idas al parque se desarrollaron los fines de semana porque consideramos que constituyen los momentos de mayor afluencia de los habitantes de la ciudad hacia sus espacios públicos, sobre todo los que lindan con el curso de agua dulce, dadas sus propiedades paisajísticas y polifuncionales adecuadas para el ocio, el esparcimiento y el ejercicio físico. Recorrimos ese espacio durante las horas de la tarde, aproximadamente entre las 14 y las 19 horas, detectando una mayor presencia y heterogeneidad corporal aproximadamente desde las 16 horas. Nuestra

---

apartado “Antes del Parque de las Colectividades” es el resultado de la Tesis Doctoral de Sebastián Godoy, titulada *La(s) cultura(s) sobre el río. Gubernamentalidad, prácticas artísticas y habitares. Ribera central de Rosario, 1992-2004*. La hipótesis central de ese trabajo postula que la producción cultural de la ribera de Rosario fue resultado de un cruce entre prácticas culturales y artísticas autónomas y una gubernamentalidad cultural vinculada a las transformaciones urbanas de finales de la década de 1990. A partir de allí, desagregamos una hipótesis subsidiaria: lejos de ser evolutivas, las prácticas culturales ribereñas del tránsito del siglo XX al XXI fueron objeto de hibridación, yuxtaposición, integración, negociación y tensión entre diversos agentes.

intención es mostrar hasta qué punto y bajo qué modulaciones los habitantes eventuales del Parque de las Colectividades corporizan, producen, circulan, ocupan y se apropian del espacio público ribereño a partir de sus relaciones y sentidos. Asimismo, concebimos nuestra práctica como una modulación posible del campo antropológico, en tanto una “práctica espacial corporizada” que presupone un itinerario y una serie de encuentros antes que un espacio delimitado, así como una perturbación de la teoría y “una base conocida” en favor de un “pie a la interpretación” y una exteriorización de descubrimiento (Clifford, 1999:79). En ese sentido, empleamos una estrategia de dos caras. Por un lado, el insumo fundamental utilizado fue la observación centrada en ciertas características del Parque de las Colectividades y sus usuarios. Por otro, empleamos nuestros propios cuerpos para recorrer la Parque como el resto de sus usuarios.

Finalmente, una nueva hipótesis que intentamos anexar a la investigación realizada para la década de 1990, es que el Parque condensa y expresa, a través de la adecuación de un medio específico, un deseo de esparcimiento, disfrute y actividad física moderada de una población. Con el argumento de lograr una cierta socialización vinculada al ocio y al movimiento moderado, el Parque de las Colectividades configura una nueva centralidad urbana que sutura ciertos repertorios de prácticas y apropiaciones corporales a un dispositivo paisajístico específico, definido por la margen oeste del río Paraná.

## **El Parque de las Colectividades**

Rosario posee un frente ribereño que se extiende a lo largo de dieciocho kilómetros. Aprovechando la topografía del terreno, el área norte se encuentra ocupada por balnearios, clubes náuticos deportivos y algunos espacios públicos. La presencia de este último tipo de espacialidad se incrementa al aproximarse a la zona central de la ribera, donde emerge lo que los planificadores llamaron “la cadena de espacios públicos”. Históricamente, allí se implantaron las infraestructuras ferroviarias y portuarias que dieron vida y alimentaron la prosperidad comercial y la diversidad poblacional de Rosario. Desde los años 1990, la propuesta de renacionalizar los espacios portuarios como balcones públicos al río comenzó a materializarse. Sin embargo, el proceso de expansión de

estos módulos resultó dificultoso en razón de los numerosos concesionarios tanto de las infraestructuras remanentes del puerto como de los terrenos que lo componían.

Un área particularmente despejada de estas complicaciones estructurales es el Parque de las Colectividades. Se trata de un espacio que comprende una superficie de 30.000 m<sup>2</sup> y se emplaza entre el *Museo de Arte Contemporáneo* y el Parque Sunchales, al norte, y la Peña Náutica Bajada España, un club deportivo y restaurante ubicado en el sur. El Parque de las Colectividades fue abierto a partir de la prolongación de la Avenida de la Costa y se ubica entre ella y la barranca del río. En su interior se realizaron trabajos de forestación, iluminación, riego y colocación de bancos, mesas, cestos de basura, barandas y otros equipamientos. Asimismo, se construyeron dos caminos que abarcan el espacio en forma paralela a la Avenida de la Costa (la vía automovilística) y el Paraná (la vía fluvial). Si bien el parque es mayoritariamente una superficie abierta y forrada por una masa vegetal, cuenta con algunos espacios cerrados que han sido concesionados a privados: el bar *Río Mío* y la *Casa del Tango*. En el predio, también se levantan tres dispositivos abiertos y de uso público. El primero consiste en un circuito aeróbico denominado *Plaza de la Salud*, que consta de una serie de estructuras para ejercicios calisténicos y/o desarrollados a partir del propio peso corporal. El segundo está formado por un conjunto de juegos infantiles “clásicos”: hamacas, toboganes, etc. El tercero, denominado *La Flor del Irupé* está más trabajado desde el punto de vista del diseño y se inspira en la flora lacustre del humedal proporcionando un uso lúdico y recreativo-pedagógico a las infancias que se dan cita en el parque. Como puede observarse, actualmente el espacio se encuentra demarcado y denotado a partir de la colocación de infraestructuras pautando algunos de los usos potenciales del mismo: el ejercicio físico moderado, las prácticas gastronómicas, el disfrute infantil, la contemplación del río, el ocio y la recreación. Sin embargo, esto no siempre fue así.

## **Antes del Parque de las Colectividades**

A mediados de la década de 1990, los terrenos en el que se proyectaba el Parque de las Colectividades eran una mezcla de la producción de un vacío urbano (Marcús, Aquino y Vázquez, 2017) y los restos de

las infraestructuras ferroportuarias. Por entonces, esa espacialidad fue habitada por diversos sujetos, la mayoría de ellos vinculados a la música punk y distintas artes performáticas como el circo, la murga, la capoeira, la danza contemporánea y las pantomimas. Estos colectivos artísticos estaban en busca de la holgura y tranquilidad que no encontraban en las plazas y los parques más tradicionales, céntricos y, por ellos, transitados de la ciudad. El predio comenzó a aglutinar a estos sujetos.

A partir de esos encuentros, los *performers* comenzaron a protagonizar un evento semanal en el que se encontraban, practicaban e hibridaban diversos lenguajes artísticos. Su poder de convocatoria yacía en el interés que suscitaba el repertorio que allí se daba cita, consistente en la combinación de destrezas físicas, malabares y pruebas con fuego. Asimismo, la ciudad carecía de espacios institucionales para el aprendizaje de esas prácticas. Dos de nuestros informantes conformaron el grupo fundacional del evento que, al poco tiempo de su inicio, se bautizó como *Fiesta del Fuego*. Afirman que fue “nuestra primera escuela de circo, [que] por entonces no existía como identidad y disciplina consolidada en la ciudad” (Tati, entrevista personal, 28/12/2014). De esa manera, el futuro Parque de las Colectividades se convirtió en la arena para el perfeccionamiento de una versión local y contemporánea de las disciplinas circenses. Otro de nuestros informantes describe la mecánica de la *Fiesta del Fuego*:

En la calle y los parques se empezó a dar fue una alianza entre circo y el punk, porque no había lugares dónde actuar ni lugares donde tocar. Éramos un grupo de chicos que queríamos hacer espectáculos de calle, nos veníamos a la tarde y nos quedábamos por la noche, pasando el rato todos juntos. Veníamos de distintas partes, en bicicleta, traíamos distintas cosas, nos encontrábamos con los otros, querosén, tambores, empezábamos a jugar todos juntos y algo que empezó entre diez, veinte personas, terminó siendo de más de cincuenta. Se armaba una ronda y la gente se quedaba ahí. Se volvió algo muy convocante y poderoso (...) De repente, empezó a resurgir esta idea de un espacio libre donde no había nadie que mandaba, no había nadie que organizaba y todo el mundo lo pasaba bien.

El Griego, Rosario, marzo de 2014.

Las tardes de domingo, el espacio donde más adelante se instalaría el Parque de las Colectividades, se poblaba de una multiplicidad de corporalidades y prácticas diversas en las que se compartían y circula-

ban una serie de objetos: tambores de fabricación casera, redoblantes, platillos, bidones con querosén, clavas, zancos, cervezas y cigarrillos de tabaco y de marihuana. Asimismo, existían intercambios de prácticas diversas: técnicas de combustión, pericias en danzas, saberes ligados a los malabares, procedimientos de equilibrio con zancos y formas de vocalización. El evento tenía lugar en una sección abandonada dominada por altos pastizales de la franja ribereña. Cuando caía la noche, la ronda de artistas sólo podía ser identificada a la distancia gracias a la detección de las clavas incendiadas, las llamaradas emanadas de los escupidores de fuego y el incesante repique de los tambores. Híbrido de prácticas, lenguajes y culturas, la *Fiesta del Fuego*, configuró el espacio de una cultura practicada posible sobre el río. Se trataba de un espacio-tiempo consagrado a un uso no convencional del espacio público. Hasta entonces, la terraza central que daba al curso de agua dulce no era más que un lugar descuidado por las políticas públicas y visitado por algunos observadores ocasionales. Hacia 1996, fue el hogar de una escuela espontánea de las que denominarían, a comienzos del siglo XXI, *Artes Urbanas*.

El ritual de la *Fiesta* concluyó hacia comienzos del año 1997. Sus practicantes se fueron dispersando. Paulatinamente, se anexaron nuevas extensiones de la ribera a su repertorio de lugares de encuentro. Varios de los artistas, se toparon con un galpón ferroviario abandonado y comenzaron a acondicionarlo y habitarlo. El Griego enlaza la entrada al inmueble con la *Fiesta del Fuego*. El sitio ocupado fue conocido como el *Galpón Okupa* y se erigió en un centro cultural organizado horizontalmente y abierto a la comunidad. Allí se congregaron recitales de rock, se dictaron talleres de distintas disciplinas (circo, artesanías, ajedrez, guitarra, tango y teatro), se organizaron ciclos de cine, se representaron obras de teatro y se desarrollaron asambleas de diversas agrupaciones. Nuevamente, se trataba de una usina cultural independiente de cualquier forma institucional y estableció un entrecruzamiento entre cuerpos, prácticas artísticas y alternativas políticas. Sin embargo, a diferencia de la *Fiesta*, el *Okupa* funcionó de manera más intensiva y albergó una heterogeneidad mayor. El Parque de las Colectividades ofició como el paisaje del *Galpón Okupa* y la postal de este espacio ocupado artística y políticamente., recuerda que

pasábamos mucho tiempo frente al hermoso Paraná, que era nuestro gran patio abierto y natural [...] desayunábamos ahí, fumando y mirando el río [...] el lugar más hermoso de la ciudad y escondido del resto de la ciudad. Ivana, Rosario, agosto del 2019.

En 1998, el galpón fue violentamente desalojado por efectivos de Gendarmería Nacional. Aparados por una orden judicial, los emisarios del orden dejaron trunco ese espacio de experimentación cultural y política. Tiempo después, el inmueble fue concesionado a la Academia de Tango de la ciudad y fue inaugurado en 2004 bajo la designación de *La Casa del Tango*.

## El presente del Parque de las Colectividades

Durante el mes de septiembre, recorrimos ese mismo espacio para registrar sus usos y usuarios. Como describimos en la sección inicial, hacia principios del siglo XXI esa franja verde fue modificada significativamente en términos de intervenciones y acondicionamientos urbanos. El objetivo de esta transformación consistió en la generación de las condiciones de posibilidad para una multiplicidad de usos, prácticas y apropiaciones por parte de los ciudadanos. Los espacios públicos ribereños, insignias de la planificación urbana de Rosario, fueron diseñados y concebidos bajo los imperativos de la accesibilidad, la apertura y la diversidad. Recurrentemente se ha enfatizado su carácter multifuncional y la producción de una atmósfera cultural amplia, flexible e inclusiva.

A través de nuestros recorridos, observamos que los usuarios y transeúntes del Parque de las Colectividades son en su mayoría grupos de jóvenes, familias nucleares (parejas con hijos), vendedores, mendigos y, minoritariamente, adultos agrupados o solos. Gran parte de ellos llega desde distintos lugares de la ciudad y no necesariamente habitan el entorno inmediato. Existe un marcado predominio de clases medias, aunque esto no implica la cancelación de presencias aún minoritarias de los sectores populares, muchos vendiendo alimentos, artesanías o pidiendo colaboraciones. Se trata grupos muy pequeños cuando no de individuos que habitan el parque como un espacio de trabajo, pidiendo a las personas que están allí una colaboración monetaria. Siempre se acercan a grupos sentados y les cuentan que están pidiendo y por qué lo hacen. Uno de estos vendedores nos dijo que es mejor hablar con la

gente cuando está en el parque, porque está más tranquila y “por ahí te pueden llegar a dar algo.” Para estos sujetos, predominantemente jóvenes, el Parque es un espacio de trabajo y su régimen de permanencia muchas veces depende de las ventas. “¿Me compran así me voy a mi casa?”, nos comentó uno de ellos. El espacio público es compartido por las clases medias y los sectores populares de manera pragmática: los segundos van allí en busca de potenciales compradores/colaboradores y las primeras parecen someterse a las transacciones sólo en la medida en que resulten en el alejamiento de los vendedores y mendigos. Dentro de las prácticas desarrolladas existen dos grandes conjuntos discernibles. El primero está formado por el uso de los senderos peatonales y ciclísticos ubicados en los límites longitudinales del parque, del río al este y la Avenida de la Costa al oeste. La mayor parte de los paseante del área ribereña mantienen un sentido norte-sur o sur-norte con un caminar distendido que permite la contemplación de la postal paisajística y el desarrollo de un ejercicio físico ligero.

Otro grupo de personas prefiere sentarse formando pequeñas rondas en las que se intercambian charlas y alimentos. Dentro de este subconjunto, se cuentan aquellos que utilizan el mobiliario urbano de descanso dispuesto a la vera de las cintas de hormigón que señalan los senderos internos del parque. Una marcada proximidad corporal, un conjunto de ademanes y la circulación de la palabra constituyen los vehículos para la socialización predominante en el Parque. Conversar y disfrutar de la atmósfera paisajística y social son las actividades principales a la que se entregan estos grupos. Asimismo, recurren al consumo de alimentos y bebidas, entre las que destaca el mate. En general, se trata de una socialización que está definida en otros espacios y se trasplanta y reafirma en el parque. Las relaciones que se entablan ya están estructuradas en otros tiempos-espacios, pero pueden variar su forma e intensidad en la interacción que propone el entorno del parque. El mate aparece en el centro de esta escena comunitaria estática por su facilidad para la circulación y los intercambios que generan un ambiente propicio para la reafirmación de relaciones sociales mediante los gestos, el habla y la escucha. De hecho, mayor parte de los objetos que aglutinan estas interacciones pueden tomarse con las manos, consumirse parcialmente y pasarse a otras. Como resultado, se habilita a otros sujetos para su participación en las conversaciones a partir de la recepción del alimento o la bebida en cuestión. Existe una tendencia de estos colectivos por

instaurar en el parque un espacio cotidiano marcado por la hibridación de prácticas atribuidas al interior del hogar (una mezcla del patio, la cocina y el living) y a sus entornos inmediatos (la vereda y el palier). Esto posiblemente obedezca a la diversidad de edades de quienes comparten el espacio. Si bien existe una preponderancia de jóvenes, también hay personas adultas que llegan en grupos familiares. Nuestra presencia en el Parque se instaló en la intersección de esas prácticas observadas. Nosotros mismos llevamos nuestro mate y realizamos caminatas en sentido norte-sur y sur-norte, deteniéndonos bajo alguna sombra cuando recrudecía el calor. Allí solíamos recargar el termo, comprábamos alguna cosa a los artesanos y nos poníamos a observar improvisados partidos de fútbol.

A pesar de su número reducido, existen otros grupos que se destacan a partir del recurso a prácticas diferenciales. Por un lado, hay varios varones que se ejercitan en la cuerda tensa (*slackline*). La práctica consiste en colocar una cinta plana de nylon o poliéster amarrada a dos puntos fijos, preferentemente árboles de tronco poco robusto, y tensarla para la práctica del equilibrio corporal. Debido al material del que está hecha la línea la tensión que se produce es flexible y dinámica frente al peso y requiere de movimientos pausados y controlados que hacen gala de dominio de la dinámica y la estática corporal. A este tipo de actividades se entregan jóvenes predominantemente varones y de contextura delgada.

Por otro lado, en reiteradas ocasiones identificamos a un grupo que practica danza y percusión perteneciente al folklore de diversas culturas africanas subsaharianas. Este colectivo se ubica en las proximidades de la ribera y disponen la cuerda de tambores frente al conjunto de bailarines. Los percutores, mayoritariamente varones, construyen un patrón rítmico sincopado y cíclico mediante tambores de diverso tamaño y sonido. Por su parte, las bailarinas, en su mayoría mujeres, realizan un repertorio que hace fuerte hincapié en el movimiento de hombros, brazos y cabeza, mientras depositan el peso corporal en sus piernas, generalmente en posición abierta y en cuclillas. Como en el caso de la *Fiesta del Fuego*, los ritmos son fácilmente audibles a la distancia, facilitando la inmediata localización del colectivo. En cierta medida, estos grupos podrían establecer algún tipo de vínculo distante con los sonidos de aquellos conjuntos que poblaron el parque en los años 1990. Su franja etaria y su régimen de prácticas parece dialogar mejor con el espacio

verde de hace 23 años que con sus contemporáneos habitantes del Parque de las Colectividades.

Finalmente, el bar *Río Mío* supone un hito urbano que congrega a diversos grupos de personas que se reúnen a socializar, nuevamente, a través del mate. El espacio está dividido en tres franjas y posee muchas intervenciones urbanísticas y de diseño de jardines que impiden recorridos y usos demasiado anárquicos. Sin embargo, el tríplico espacial es ocupado por grupos que, si bien utilizan y se socializan en el espacio de maneras similares, se diferencian en sus formas de presentación y de apropiación del sitio. En este sentido, el bar aparece como una infraestructura que irradia una suerte de gradación concéntrica de actitudes sociales que se extienden del interior hacia su periferia. El primer anillo de personas que se sientan en las inmediaciones del bar son claramente grupos de clases medias y clases medias altas. Los grupos etarios son variados, pero el bar está dominado por los adultos y las inmediaciones verdes del Parque por los jóvenes. En ese entorno predominan los ajardinamientos con gramillas que homologan esta porción de parque público con los jardines de diseño de los nuevos espacios cerrados y privatizados (*countries*) en los que residen las elites. Los pequeños grupos que nunca superan a las seis o siete personas que se congregan en ese entorno lo hacen mostrando una suerte de contigüidad entre lo ambiental, lo social y lo corporal. Más alejados del bar y cerca de la franja del sendero que deslinda el parque y el río, los grupos socialmente son más diversos. Muchos conjuntos ocupan los bancos que están disponibles para tomar asiento a la vera de comercios de alimentos y una pequeña feria de artesanos más o menos improvisada. Finalmente, detrás de la baranda que separa el Parque de unos emprendimientos de huertas urbanas y de la barranca, otros grupos muestran insinuaciones de actitudes alternativas en el plano cultural, el vestuario y las identidades sexo-genéricas. Se diseminan en el espacio mostrando prácticas y corporalidades que nuevamente colocan en correlación este ambiente, considerablemente menos cuidado que las inmediaciones de río mío, con una la corporalidad y sociabilidad completamente relajada y distendida. Si bien la mayoría de los grupos exhibe cierta quietud y relajación vinculada al ocio y la utilización del ambiente y el paisaje, las fórmulas que establecen para ello parecen no ser por completo convergentes y uniformes para una mirada más cercana.

## Discusión: ¿quiénes usan el Parque?

Al componer en una secuencia narrativa y analítica contigua estos dos momentos del predio denominado Parque de las Colectividades, fue posible observar cuáles fueron los efectos de la planificación urbana y la construcción de infraestructuras multipropósito. En el período de mayor vacío urbanístico, en el que las ruinas ferro-portuarias convivían con un baldío, el espacio fue poderosamente animado por prácticas socioculturales vinculadas a la juventud y a las artes performáticas. Un conjunto heterogéneo de sujetos con aspiraciones estéticas y habitacionales contraculturales promovieron festivales autogestionados y desarrollaron experiencias enseñanza-aprendizaje, perfeccionamiento y circulación de saberes en las “arenas culturales” de múltiples artes. En un momento posterior, cuando el plan extendió la ciudad a esa zona de la ribera, estas actividades fueron perimetradas por estructuras edilicias y formas institucionales específicas: el Centro de Expresiones Contemporáneas, el Centro de la Juventud, la Escuela de Artes Urbanas, la Isla de los Inventos, la Casa del Tango y el Museo de Arte Contemporáneo. Si bien estas instituciones se encuentran en las inmediaciones del parque y cerca del río Paraná, las tendencias de apertura e intercambio que caracterizaron el período inicial han menguado su intensidad, espontaneidad y recurrencia. La forma institucional que ha abrazado ese universo permite una reproducción más aceitada y una formación más amplia de artistas performáticos, pero, al mismo tiempo, declina las posibilidades más radicales de experimentación habitacional, social, cultural y política de los años 1990.

Actualmente, el espacio público cuadrículado por la planificación es apropiado bajo las formas y los códigos de una suerte de prolongación de la vida cotidiana hogareña de las clases medias que reproducen en el espacio público ciertos estándares de la familia burguesa. Quienes no provienen de esas coordenadas socioeconómicas e idiosincráticas, habitan dichos espacios a través de estrategias propias de reproducción económica (la venta ambulante, el pedido de dinero) y formas comunes del ocio (también suelen formar círculos en los que se intercambia el mate y el habla). Sin embargo, cierta etiqueta implícita en los códigos de vestimenta y de consumo *performados* por la mayoría de los usuarios —de clase media— desalienta otros tipos de prácticas. Por ejemplo, el uso del fuego y la circulación de marihuana han desaparecido del espacio constituido por el Parque, al menos en sus zonas más concurridas y

abarrotaadas. Hace casi un cuarto de siglo, esa nueva centralidad constituía un borde, un espacio que muchos sujetos utilizaban para resguardar sus prácticas corporales y culturales de una mirada normalizadora y moralizante propia de las familias de clase media. Dos otredades, una de prácticas del pasado y otra de formas culturales de lo popular, aparecen desdibujadas del centro de la escena de Parque.

Por otra parte, no podemos asegurar que todo lo observado quepa sin excedentes en una especie de cuadrícula dominada por una coexistencia corporal poco dinámica. Asimismo, no podemos decretar la victoria de modos de vida privados en el espacio público, que significan a ese entorno con los símbolos y las costumbres de las clases medias. Sin embargo, algo de esos elementos configura la composición final y la imagen global de los procesos de producción y apropiación del espacio público en el parque de las colectividades. Después de recorrer una y otra vez esos predios queda la sensación de una especie de invasión de lo privado sobre lo común y un encuadramiento de las potencias de lo alternativo dentro de lo normativo. El Parque es un espacio cuyo diseño tiende a atraer y concentrar población los sábados y domingos por razones de confort, seguridad y acondicionamientos. Como ambiente, el Parque propone minimizar aquellas interacciones no deseadas o formas de uso del espacio alternativas con respecto a la imagen pensada por los planificadores de un *balcón al río*, una suerte de continuidad de las unidades habitacionales emplazadas detrás de la Avenida de la Costa. En un capitalismo cada vez más exigente con los segmentos etarios más jóvenes, sobre los que pesan las espuelas de la precarización, la flexibilidad y la inseguridad socio-laboral, el espacio público es cada vez menos apropiado como un lugar encuentro y más como un espacio para la distensión del estrés generado por vida cotidiana en el entorno laboral, la reclusión doméstica, las tendencias al sedentarismo y las nuevas existencias fragmentadas por los dispositivos electrónicos. En ese sentido, no podemos aventurar que el resultado de una política urbana y cultural de apertura de los terrenos antes dominados por el ferrocarril redunde en una mayor diversidad. Quizás sea cuestión de tiempo hasta que otros agentes o estos agentes transformados por la exposición a nuevas interacciones logren apropiarse –imprimiéndole lo propio– del Parque. Siguiendo a Jane Jacobs (2011: 132), “no tiene sentido llevar los parques a donde está la gente si, en el proceso, las *razones* por las que la gente va se eliminan y se sustituyen *por un parque*”.